

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

LEGUÉ al pequeño pueblo de Becedas en abril de 1969, hace medio siglo. En ese momento yo tenía apenas 26 años. A pesar de estar casado y con una bebé de cinco meses de edad, era un joven con amplios estudios pero poca experiencia práctica. Aparte de unos meses en México en 1964, nunca había viajado al extranjero. Hablaba castellano mal. Después de un año y medio de residencia en Becedas dominaba el castellano mucho mejor que antes de vivir allí. Sin embargo, la sintaxis y el vocabulario que utilizaba eran casi iguales a los de los vecinos de una comunidad rural en la Sierra de Béjar. Es seguro, también, que el acento era el mismo que tenía en inglés, es decir, el de un neoyorquino del Bronx, condado donde viví hasta los 17 años de edad.

Con pocas excepciones, la versión castellana de este libro, publicado primero en inglés en 1975 (*Migration, Kinship, and Community. Tradition and Transition in a Spanish Village*, New York, Academic Press), resulta ser completamente fiel a la original. Está basada en un total de casi dos años de trabajo de campo llevado a cabo entre 1969 y 1973. Dado las décadas pasadas desde entonces, no es de extrañar que, para mí, releer el texto implicara revivir una parte de mi juventud. De hecho, cada obra etnográfica viene siendo —hasta cierto punto— una historia de vida para el investigador o la investigadora que lo escribe. El cambio social es inevitable y constante. Por eso, en el momento en el que el etnólogo abandona el trabajo de campo, tanto las observaciones como el montón de información recopilada se convierten en historia. Esta historia es, por una parte, una historia del lugar y de los vecinos que fueron objetos del estudio. Por otra parte, es una historia personal, que recapitula en detalle determinados aspectos de la vida cotidiana que el investigador compartió por un período largo con sus informantes y amistades.

Los años que yo vivía en —y visitaba— Becedas coincidían con los últimos años del franquismo. Es por lo tanto cu-

rioso que la influencia de la dictadura esté ausente en las descripciones etnográficas y en el análisis antropológico presentados en este libro. Por un lado, esto puede haber sido un fallo del autor, una característica del libro que —indudablemente— reduce el valor histórico del material. Por el otro, la falta de un contexto político nacional tiene sus explicaciones. En 1969, en un pequeño pueblo castellano, nadie había oído hablar ni de antropología ni de etnología. Yo me identificaba como un ‘costumbrista’ que quería enseñar a los jóvenes norteamericanos el modo de vivir de un pueblo español. Sin embargo, para los vecinos de Becedas yo era un enigma. ¿Qué joven norteamericano con familia viene a vivir en un pueblo como Becedas por un tiempo largo? ¿Qué tipo de trabajo hace ese americano, más que gastar unas horas al día escribiendo quién sabe qué cosa en su máquina? ¿De dónde vienen los recursos económicos de ese señor, con su nuevo y (entonces) elegante Volkswagen? Naturalmente, al comienzo de mi estancia en Becedas, los vecinos me consideraban un espía. Un buen día se les ocurría que Becedas no tenía nada de interés para los americanos o, al menos, nada tan importante como para mandar a un ciudadano a espíar. Todo esto me lo confesaban meses después. Dada la fama de espía, junto con la desconfianza (completamente explicable) de la gente, yo trataba de evitar conversaciones políticas, y —sobre todo— cualquier cosa que tuviera que ver con la Guerra Civil.

Además, instalado en este pueblo había un cuartel de la Guardia Civil (actualmente cerrado), ubicado en mi propia calle. Es decir, seis guardias vivían con sus familias muy cerca de nuestra casa. Aunque no he tratado de confirmarlo, posteriormente unos vecinos me dirían que ellos fueron mandados a Becedas como castigo, por haber hecho algún delito o por haberse comportado de una manera poco decorosa. Para mí, esos señores —los únicos del pueblo que llevaban

uniformes— daban un poco de miedo. Dado el ambiente que regía entonces, me consideraba perpetuamente vulnerable, a punto de ser denunciado si hacía cualquier estupidez, malinterpretada como una amenaza al Régimen.

Supuestamente, la situación resultaba así para la gente del pueblo también. En los bares, cada vez que alguien mencionaba un tema político, alguno de los presentes ponía el dedo índice debajo de su ojo, con un gesto que inequívocamente venía a significar: «¡Ojo!, hablar así es peligroso». Y, siempre que ello pasaba, se cortaba la conversación inmediatamente. En un ambiente como ese, yo —naturalmente— veía peligroso hablar del Régimen. Sin embargo, nosotros —yo y mi familia— jamás tuvimos ni choques ni problemas de ningún tipo con los guardias que representaban «la autoridad».

Ante todo, fueron mayormente los planteamientos teóricos de la antropología social en los Estados Unidos los que me hicieron ignorar cuestiones políticas en general, incluso las consecuencias de la Guerra Civil. En los años 1960 y 1970, el estudio del campesinado era una novedad en la antropología social, sobre todo en lo que tenía que ver con sociedades occidentales. La generación de etnógrafos norteamericanos que llegamos primero a España, Irlanda, Italia, Portugal y Grecia teníamos que demostrar que era posible realizar un estudio auténticamente antropológico en un país europeo. Elegíamos como objetos de estudio pueblos rurales —manejables etnográficamente por su pequeño tamaño—, tecnológicamente primitivos (en términos relativos), tradicionales (supuestamente) con respecto al habla popular, rituales y vida social. Eran pueblos que confirmaban la muy arraigada y antigua visión de comunidades rurales como muestras vivientes de sociedades pre-modernas, dotadas de culturas autóctonas y puras.

Buscábamos lo que pensábamos que era la vida cotidiana normal de cada comunidad y tratábamos a las comunidades como si fueran, hasta cierto punto, aisladas e insulares. Dentro de este marco teórico, y dados esos fines profesionales, la Guerra Civil quedaba fuera del panorama. Estorbaba la perspectiva antropológica en boga por aquel entonces.

Cuando empecé a hacer trabajo de campo en Becedas, el pueblo parecía un lugar perfecto para realizar un estudio antropológico. El pueblo era, en palabras de algunos de sus propios vecinos, «atrasado» (si bien, a la vez y de manera contradictoria, también solían decir que «aquí ya hay de todo»). Las faenas del campo prácticamente se hacían sin maquinaria moderna. Se sembraba con yunta; el arado y el trillo era de diseño romano, y los cereales se cribaban utilizando herramientas y métodos antiguos. No había agua corriente en las casas, y por lo tanto los cuartos de baño eran pocos y los que había tenían instalaciones bastante rudi-

mentarias. Había un solo teléfono en todo el pueblo y un puñado de televisores, uno de ellos instalado en un bar. Un día de julio de 1969 por ese televisor contemplamos la llegada de los astronautas norteamericanos a la luna, un acontecimiento considerado por la gente de Becedas como ficticio, es decir, una obra teatral. Acequias (llamadas *regaderas* en Becedas), permanentemente llenas de agua, corrían por las calles. Había dos hornos de leña para cocer pan y un molino que funcionaba a base de ruedas de piedra. El sistema económico del pueblo todavía conservaba un carácter comunitario, los prados eran de propiedad común, la limpieza de caminos y calles era hecha colectivamente, y varios otros arreglos similares. Aparte, el pueblo físicamente parecía como sacado de un cuento de hadas, arquitectónicamente pintoresco y ubicado en un paisaje montañoso, perennemente verde y sumamente variado. Si yo buscaba al *otro*, vivía sin duda allí: Becedas lo era.

Cuando yo empecé el trabajo de campo en Becedas, estaba influido por la obra maestra de Julian Pitt-Rivers, *People of the Sierra*, publicado en 1954 (editado cuarenta años después en castellano bajo el título *Un pueblo de la sierra: Grazalema* [1989]). Cuando leí este libro por primera vez, era un alumno de licenciatura en la Universidad de Chicago. Y quedé sumamente impresionado por el mismo. De hecho, puedo confesar que fue por *People of the Sierra* por lo que decidí optar profesionalmente por hacer antropología social y realizar mi tesis doctoral en un lugar de la España rural. *People of the Sierra* está entre las obras más influyentes de la antropología. Se considera la primera monografía de una comunidad europea llevada a cabo por medios tenidos tradicionalmente como antropológicos, es decir, a base de trabajo de campo y observación participante. Sin duda alguna, *People of the Sierra* era innovador, hasta tal punto de que E. E. Evans-Pritchard, el director de tesis de Pitt-Rivers en la Universidad de Oxford, se sintió obligado a defenderlo como estudio antropológico. En un prólogo al libro de Pitt-Rivers, Evans-Pritchard escribe:

El doctor Pitt-Rivers deja claro que este informe sobre un pueblo andaluz es un informe antropológico. No está basada primariamente en documentos, aunque han sido utilizados, sino en la observación directa. La gente de la que habla es gente real y no figuras tomadas de páginas impresas o números de tablas estadísticas. Durante muchos meses ha vivido como un español con una muy destacable facilidad y dedicación. Su estudio es por lo tanto antropológico... (traducción de Honorio M. Velasco Maillo).

Aparte de ser un estudio pionero del campesinado europeo, Pitt-Rivers, en ese libro, presenta temas, tales como los de honor y vergüenza, el mito y otros mecanismos de control

social, además de un montón de fenómenos etnográficos, hasta entonces desconocidos por el público anglosajón.

Entre esos fenómenos recupera el de los apodos, a los cuales Pitt-Rivers dedica un análisis detallado y extenso. En los primeros meses de vivir en Becedas, yo mismo —inspirado por *People of the Sierra*— naturalmente esperaba encontrarme con un mundo rico de apodos. No quería tampoco hacer entrevistas sobre los apodos, pues eso podría haber sido algo que hubiera influido el análisis del habla popular en su contexto natural; pero, de todas formas, no había evidencia alguna de la presencia de apodos en ese pueblo. Un día, después de varios meses de residencia en él, estaba tomando copas con algunos compañeros habituales en uno de los dos bares del pueblo. Y ellos me hablaron de un vecino que llamaban Capitán. De repente, me di cuenta de que se referían por su apodo a un señor que yo conocía por el nombre de pila. Yo, como inocente que era, les pregunté si Capitán era en realidad un militar. «Ni mucho menos», contestaron. Y esto constituyó un momento en el que empecé a tomar nota del arraigado uso de apodos en el pueblo, hecho que hasta entonces había quedado bien guardado y escondido para mí.

Esta experiencia, como tantas otras en Becedas, me mostró la conveniencia —bien conocida a partir del trabajo de Bronislaw Malinowski— de convivir durante períodos largos entre los sujetos de cualquier estudio etnográfico. En el caso de Becedas, empecé a comprender elementos básicos de la sociedad y cultura solo después de medio año de residencia. Para argumentar y profundizar en ese conocimiento hacían falta muchos meses más.

Mi experiencia haciendo trabajo de campo en Becedas me enseñó también la importancia del azar para abrir nuevos caminos de investigación. Cuando yo elegí Becedas como campo de investigación no tenía ninguna idea de estudiar procesos demográficos desde una perspectiva antropológica. Después de unos meses en el pueblo, reconocí el impacto enorme de la emigración de Becedas a otros lugares, en mayor parte Madrid y las grandes capitales de Castilla y Cataluña. En relación con el tema de la emigración, descubrí también la existencia en Becedas del patrón europeo de casamiento (*the European marriage pattern*), un fenómeno que consiste en un índice abultado de solteros y solteras, junto con muchos novios y novias que se casan a una edad bastante avanzada, lo que resulta bastante llamativo cuando ello se compara con lo que sucede en muchas otras sociedades. Este libro pone en parte el énfasis sobre estos movimientos demográficos y otros fenómenos relativos a la muerte y la estructura social del hogar. Estos son temas que no había pensado abordar antes de investigar las historias familiares y recordar árboles genealógicos de los vecinos.

Jamás conoceré un pueblo tan ampliamente y con tanto detalle como logré conocer a la gente de Becedas. Y, sin embargo, después de casi dos años compartiendo una vida comunitaria con ella, todavía había huecos en mi conocimiento. Lugares como el Barrio de Abajo y el anexo de Palacio de Becedas eran sitios que yo frecuentaba muy poco. El convento y la residencia de monjas permanecieron completamente fuera de mis estudios. Tampoco intentaba investigar ni a los guardias civiles ni a la única pareja de gitanos que residía en el pueblo. Igual sucedía en el caso del médico, del practicante, del cura, y del pequeño pero indudablemente importante sector de profesionales que habitaban Becedas. Sin embargo, este libro quedará como testimonio de un pueblo castellano tal y como vivía en los años entre la Guerra Civil y la llegada de la democracia. Está repleto de detalles sobre el derecho consuetudinario, sistemas agrícolas, parentesco, matrimonio y herencia, y otros temas que quizá hoy día hayan pasado de moda pero que todavía conservan un valor histórico que perdurará para siempre.

Teóricamente, el libro representa el pensamiento antropológico de la época en la que fue investigado y redactado. El enfoque sobre el llamado *campesinado* sitúa el material dentro de una literatura que, vista como un todo, tenía la finalidad de ampliar el campo de la antropología social. En los años sesenta y setenta, por lo menos en el caso de la antropología anglo-sajona, había una cierta lucha para lograr reconocer al campesinado europeo como objeto legítimo de investigación. A la vez, todavía regían modos de análisis que quedaban dentro del marco del estructuralismo social de Radcliffe-Brown, E. E. Evans-Pritchard y otros británicos. Esa línea de descripción y explicación de material predomina en este libro. En la antropología social norteamericana también funcionábamos bajo la gran influencia de psicoanálisis, junto con un afán por los test utilizados mayormente por psicólogos profesionales. En lo que he publicado aquí sobre dos fenómenos —los procesos migratorios y la soltería— tomo como recurso fundamental el entonces famoso *Thematic Apperception Test (TAT)*. Las historias que contaban los informantes sobre los dibujos presentados en este test forman una base para entender el impacto social tanto de la ola de emigración como del índice alto de solteros y solteras en el pueblo. Si yo tuviera la oportunidad de repetir una investigación sobre Becedas en los mismos años 1969-1973, pero con el ojo crítico que poseo ahora, nunca aplicaría los mismos marcos teóricos de análisis. Sin embargo, el material recopilado y las teorías que forman las bases de análisis siguen dando una perspectiva fiel sobre la antropología anglosajona de la época.

El tema principal de este libro fue el impacto de la emigración sobre la vida económico-social del pueblo. La con-

clusión es que este impacto ha resultado ser, en general, positivo. El éxodo rural liberó amplias extensiones de tierra a favor de los vecinos que quedaron. Los jornaleros que trabajaban para los grandes propietarios se marcharon a la ciudad. Una consecuencia de la escasez de mano de obra era el aumento considerable de la disponibilidad y fluidez de la propiedad agraria. El resultado de esos procesos —descritos ampliamente en el libro— era una cierta *nivelización* o equilibrio de la sociedad. Un pueblo antes caracterizado por clases sociales bastante marcadas se convirtió en un pueblo esencialmente igualitario.

El mejoramiento económico de la mayoría de los vecinos fue acompañado por las remesas de emigrados que salían. Los hijos solteros que trabajaban en Madrid no dejaban de enviar una parte del sueldo a los padres, que se quedaron en el pueblo. Por correo llegó un flujo constante de toda clase de ropa, lo cual cambió la manera de vestir de los vecinos, aproximándola a la de las capitales. Las familias de Becedas podían contar también con los parientes de la ciudad para pagar gastos extraordinarios tales como las facturas de la clínica o reformas de la casa. Muchas veces, durante mi estancia en el pueblo, se escuchaba decir que «ya no hay pobres en Becedas». En esos años, los vecinos experimentaron bastantes avances materiales. Por ejemplo, en 1957, solo el 8% de los hogares tenían radio. En 1970, el porcentaje había llegado hasta casi el 80%. Respecto a la ausencia total de televisores en 1957, sorprendía que alrededor del 20% de los hogares disponía ya de televisores a principios de los años setenta. La dieta de los vecinos experimentó una sensible mejoría también. En década de los cincuenta, la mayoría de ellos tenía que mantenerse a base de pan, patatas, alubias y tocino. Veinte años después, todos los vecinos podían comer, por lo menos una vez al día, raciones de carne, pescado o huevos. Incluso, según las declaraciones de los informantes, las relaciones entre los casados se volvían más plácidas en función de la relativa prosperidad. Los vecinos de los años setenta estimaban que la falta de recursos adecuados era lo que motivaba la inseguridad y la frustración como origen de las defectuosas relaciones matrimoniales. Como manifiesta un refrán de la región, «la casa en que falta de comer todo se vuelve riñas, y sin saber por qué: es por la falta de comer». Así que, en todos los sentidos, el bienestar, tanto físico como material y emocional, de los vecinos experimentó mejorías respecto a la situación de dos décadas atrás. En Becedas, la causa inmediata era la emigración que permitió a los vecinos aprovecharse y participar de la rápida expansión general alcanzada por la economía española durante los años sesenta.

Hay que tener en cuenta que este libro —preparado, redactado y publicado durante el franquismo— daba una vi-

sión bastante positiva del desarrollo económico-social del campo castellano durante la dictadura. En Berkeley, California, una ciudad universitaria radicalizada durante la Guerra de Vietnam, yo sería criticado por elegir un país fascista como lugar de investigación. Me podían haber criticado aún más por haber presentado un retrato tan afirmativo de un pueblo en la época de Franco. Por un lado, los críticos tenían razón. ¿Por qué proporcionar la imagen casi positiva de una España fascista, una España que, a pesar de avances recientes en la vida económica del país, permanecía en muchos sentidos atrasada, oprimida y censurada al lado de países democráticos europeos?

Por otro lado, realizaba la investigación en una época en la que la moda dictaba centrarse en cuestiones económicas-sociales que pertenecían específicamente a la comunidad como un todo, y mucho menos en un contexto doméstico e internacional. Cuando yo escribí ese libro, trataba de ofrecer a los lectores un retrato justo y equilibrado de la vida cotidiana en Becedas. Creía que la propia gente del pueblo merecía un análisis antropológico que respetara su perspectiva colectiva y no les impusiera una perspectiva determinada ni por una línea política ni por una agenda académica. Es decir, que reflejara la perspectiva de la gente, que, sea por represión política o por necesidades económicas, se limitaba bastante a asuntos locales, las tareas diarias y al mantenimiento de relaciones personales amigables. En todo eso, yo percibía y apreciaba en «mis vecinos» relaciones familiares, obras colectivas y la administración de bienes comunes, la alta calidad de amistades, un índice muy alto de alfabetismo (entre los más altos de España) y un deseo admirable de trabajar duro y mejorar el nivel de vida de ellos y de sus hijos. Dadas todas esas cualidades, me era muy fácil presentar una imagen positiva, una imagen que además representaba la verdadera experiencia del pueblo.

Hoy en día, Becedas es un pueblo que ha cambiado radicalmente desde que yo lo observé casi medio siglo atrás. Según las cifras publicadas en 2015 por el Instituto Nacional de Estadística, el pueblo cuenta con una población total de 236 almas, con algunos hombres más que mujeres. La gran mayoría de los vecinos tienen más de 65 años de edad; solo dos son menores de 16 años. Me da la sensación de que la comunidad está en vías de desaparecer. Ya nadie trabaja la tierra. El campo de Becedas está totalmente abandonado, aunque algunas familias todavía cultivan huertas para producir fruta y verduras para la casa. Otros guardan ganado. Hay unas llamadas *casas rurales* para alquilar a forasteros, sobre todo en verano. En 2016, solo queda ya una casa rural anunciada en la web, lo que supone un descenso brutal de la situación respecto a la de siete u ocho años antes. Al mismo tiempo, la población

de veraneantes aumenta. Becedas dispone de un clima ideal en verano, con temperaturas envidiables y una abundancia de agua fresca, lo que atrae a cientos de forasteros y antiguos vecinos, ahora permanentemente residentes en Madrid y otras capitales. También a finales de agosto, cada año, la fiesta de la patrona del pueblo, santa Teresa de Jesús, sigue atrayendo a numerosos hijos e hijas del pueblo que viven afuera, en algunos casos muy lejos.

El aspecto físico del pueblo está algo cambiado desde que lo conocí hace cinco décadas, pero quizá no tan radicalmente como la vida económica-social de las habitantes. El cambio más evidente ha sido la ausencia de las *regaderas* que corrían por varias calles. Las regaderas nacían en la Sierra, específicamente con la nieve derritiéndose desde la llamada Peña Negra que domina el paisaje justo al sur del pueblo. Las vecinas utilizaban las regaderas mayormente para lavar trastos y ropa, aunque el agua para cocer era recogida más arriba del municipio, donde estaba menos contaminada. En los años setenta, a consecuencia de que se introdujera agua corriente en las casas, las regaderas fueron cubiertas y las calles transformadas en superficies iguales a las de cualquier otro pueblo castellano. De esta manera, los vecinos ganaron en comodidad, aunque el pueblo como un todo perdió originalidad, frescura y, en mi opinión, «encanto».

Las viviendas también están muy cambiadas. Disponiendo ahora del agua corriente, la mayoría de los vecinos construyeron cuartos de baño modernos. Antes habían utilizado facilidades muy básicas ubicadas en las cuadras o portales. Hace cincuenta años casi un cuarto de las familias cocinaban sobre lumbre de leña. Ahora, prácticamente todo el mundo utiliza estufas de gas butano para preparar las comidas. Algunos vecinos han construido casas enormes en comparación con la gran mayoría de ellas, y en alguno de esos casos el exterior de vaga inspiración neoclásica rompe completamente con el diseño tradicional de las demás viviendas. Sin embargo, y a excepción de la ausencia de regaderas, en general el exterior de las casas y calles se mantiene —más o menos— tal como era antiguamente.

Debido a la reducción aguda del número de habitantes en Becedas y la vejez de los vecinos que quedan, parece razonable preguntar si esta comunidad se va a convertir dentro de pocos años en un pueblo fantasma. Aunque sea difícil prever el futuro, se puede calcular que Becedas seguirá existiendo, pero de una forma bastante diferente de lo que es el pueblo hoy en día. Probablemente quedarán unos pocos vecinos permanentes. También —con probabilidad— se seguirá llenando el pueblo de veraneantes durante los meses de julio y agosto. El clima de Becedas en verano, junto con la proximidad del pueblo a Madrid (ahora solo a dos horas en coche),

constituye un aspecto casi privilegiado en Castilla, algo que no le podrá quitar nadie nunca. En la Peña Negra, se ha instalado últimamente una estación de esquí. Y esta nueva instalación ofrece la posibilidad del comienzo de una estación invernal de turismo también.

Aparte de eso, el desarrollo más importante de los últimos años ha sido Internet, lo que ha permitido a Becedas —igual que a la gran mayoría de los pueblos españoles— mantener una nueva vida en forma de «pueblo virtual». Desde 2000 ha existido una organización llamada la Asociación Cultural de Becedas, un grupo que une a los residentes de Becedas con los emigrantes e hijos de ellos (yo mismo soy socio honorífico de la asociación). En sus propias palabras, la asociación, fundada en 1998 y promovida por hijos del pueblo, tiene «un objetivo preferente: promocionar Becedas, intentar que nuestro fustigado pueblecito fuese cada vez más conocido y mejor considerado». Con este fin, la asociación mantiene dos publicaciones: un boletín, en forma de un folleto mensual de unos cuatro folios titulado *El machadero*, y una revista anual titulada *Verde Doncella*, el nombre de una variedad de manzana producida antes en el lugar.

En el lenguaje popular de Becedas, el *machadero* se refiere a un banco de piedra ubicado en el exterior de la vivienda, normalmente al lado de la entrada. Se utilizaba antiguamente para machacar el lino, un producto que desde hace mucho tiempo no se ha sembrado (hay un área extensa del campo de Becedas llamada Los Linares, evidencia de la importancia de este cultivo unos años atrás). En la época contemporánea, sin lino para procesar, los vecinos se sientan sobre los machaderos en los momentos de ocio para charlar, chismorrear, intercambiar información y contar impresiones. El boletín *El Machadero* es una extensión de esa actividad, pero en forma de palabras escritas y no orales. Lleva noticias del día, tales como reportajes de fiestas, obras municipales, notas necrológicas, nacimientos y matrimonios correspondientes —sobre todo— a los emigrados del pueblo, anuncios de libros y artículos que han salido acerca de Becedas, etcétera. Durante muchos años se publicaba este boletín en versión de papel, distribuida por correo. Ahora se ha convertido en una publicación en versión digital, que llega, tal como se manifiesta en la propia publicación, «a casi cuatrocientas familias de asociados repartidas por catorce Comunidades Autónomas y por Estados Unidos, Argentina y Dinamarca».

La *Verde Doncella* es una publicación más amplia y ambiciosa que se publica una vez al año, normalmente durante el verano. Se distribuye de la misma manera que *El Machadero*. La *Verde Doncella* consiste en una colección de artículos cortos (el número 6 del 2006 contiene unas 27 contribuciones en un total de 68 páginas). Los artículos abarcan

una amplia variedad de temas: historia local, personajes históricos eminentes (*v. g.*, Miguel de Unamuno, santa Teresa de Jesús y otros que han pasado tiempo en el pueblo), el habla popular de Becedas, poesía y cuentos cortos escritos por los socios de la Asociación Cultural, etcétera. Estas dos publicaciones, junto con una página web del pueblo, ayudan a hacer perdurar la vida —siquiera virtual— de Becedas. La página web funciona como una especie de blog que permite a los lectores contribuir con comentarios o preguntas. Una mujer, por ejemplo, escribía en 2015:

Para fines de julio o principios de agosto voy a ir a visitar nuevamente el pueblo de mis abuelos, bisabuelos, tatarabuelos y choznos. Los apellidos son: Rodríguez Sánchez, Rodríguez Gómez, Blázquez Hernando, Sánchez Enrique, Sánchez Bueno, Sánchez Ovejero, Ovejero Izquierdo, Ovejero Martín, Ovejero Sánchez, y más. Cómo me gustaría encontrarme con algún familiar y charlar unos momentos. Voy a estar hospedada en Hervás [un pueblo de la Sierra de Béjar perteneciente a Cáceres]. Ojalá alguno tenga interés en contestarme. Saludos a todos.

Como se puede apreciar, una contribución de este tipo a la página web de Becedas, igual que a otros medios electrónicos, fomenta el mantenimiento de relaciones no solo entre los vecinos y sus descendientes, sino entre otros que se ponen en contacto con algún interés, sea histórico o cultural, en torno a ese rincón de la Comunidad Autónoma de Castilla y León.

Yo he figurado entre esas personas no relacionadas ni por parentesco ni por familia con Becedas. En el año 2003, cerca de tres décadas después de dejar de realizar estudios sobre el pueblo, recibí un mensaje de José María Ovejero, un hijo de Becedas que tenía unos nueve o diez años de edad durante mi estancia allí. Aunque sus padres vivían todavía en el pueblo, él había emigrado a Madrid, donde estaba viviendo y trabajando como profesor de historia en un instituto público. Había estudiado antropología como alumno de posgrado en la Universidad Autónoma de Madrid. Sabía de mis trabajos de campo, conferencias y publicaciones sobre España, igual que de los viajes frecuentes que hacía a este país. Como fundador y socio de la Asociación Cultural de Becedas, me invitó a dar una charla en el pueblo. Yo había hecho, sí, visitas anteriores al pueblo, viajando allí desde Madrid, quedándome un solo día para verme con los que eran más amigos y seguían vi-

viendo en la localidad. Pero esa invitación me daba una oportunidad inesperada y francamente grata de brindar reflexiones a los propios vecinos sobre mis experiencias e impresiones del pueblo, y de ofrecer así mi agradecimiento formal a la comunidad, reunida en una sala.

El plan era hablar media hora y continuar la función con una muestra de diapositivas que había tomado entre 1969 y 1970. Después de dos o tres minutos de charla, el público empezó a aburrirse y a gritar mostrándose a favor de exponer las fotos. Con eso, dejé de hablar y empecé a mostrar las diapositivas, una por una. Después de cada foto, surgió un ruido tremendo, comentarios de los vecinos que veían un pueblo cambiado, las regaderas corriendo por las calles, tareas agrícolas ya abandonadas y, aún más impactante, fotos de parientes y demás vecinos difuntos. En los tiempos de mi estancia en Becedas, yo era el único con cámara. Entonces yo y mi mujer sacamos cientos de fotos de actividades, lugares y gentes no existentes en la actualidad. La idea de obtener tales fotos era triple: para tener un recuerdo de la experiencia para nosotros, para suplementar los apuntes de campo para mi tesis y para regalar a los vecinos, lo cual resultaba ser siempre apreciado. A pesar del conocimiento previo por parte de algunos de esas *fotos-regalo*, la función de julio de 2003 permitió a muchos vecinos, especialmente los más jóvenes, apreciar fotos de los abuelos que, en muchos casos, ni siquiera habían visto en vida. Veían su pueblo, unos recintos interiores y exteriores que nunca habían conocido. A través de las diapositivas, los vecinos mayores podían verse en las imágenes y revivir aquellos tiempos. Por unos momentos, todos regresamos, treinta y cinco años atrás, al panorama natural y cultural descrito en este libro.

Al final de la función, recuperé mi papel de profesor universitario y pregunté a los vecinos si tenían alguna pregunta o algún comentario. Hubo unos minutos de silencio, hasta que finalmente el panadero Pedro levantó la mano. «Sí, Pedro —dije— ¿qué querías preguntar?» Pedro contestó con otra pregunta: «¿Hasta cuándo vas estar aquí?». Al escuchar esa pregunta, experimenté una mezcla confusa de emociones: una tristeza profunda, junto con un poco de vergüenza. Finalmente, respondí: «En una hora más vuelvo a Madrid». Reviví la sensación que tenía después de salir del pueblo definitivamente en 1970: me sentí un poco como traidor por abandonar «mi pueblo», un sentimiento que probablemente nunca jamás me abandonará.

PRÓLOGO

«**M**ÁS vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer.» Este refrán castellano enfatiza —aún más si cabe— el tan supuesto carácter tradicional de la España rural; la tendencia de sus gentes a permanecer dentro de formas de vida conocidas, a resistir salir —tanto geográfica como psicológicamente— de «la patria chica», es decir, del pueblo o la ciudad en la que uno nace, se casa y muere.

Sin embargo, este retrato de España que pudo haber sido muy real en el pasado no tiene hoy ya vigencia alguna, pues las zonas rurales del país están experimentando un cambio veloz y de enormes dimensiones. Sus campos se ven hoy inundados por una gran variedad de moderna maquinaria agrícola. La concentración parcelaria remodela totalmente lo que habían sido parcelas pequeñas y dispersas. Y, a través de modernos proyectos de regadío, grandes extensiones de tierras de secano, que anteriormente habían sido casi improductivas, se convierten en ricas y fértiles tierras de cultivo. Todos estos cambios se dan cada vez con una mayor celeridad. Al mismo tiempo, se está produciendo también un asombroso movimiento migratorio. En los pueblos pequeños de zonas montañosas, donde la orografía del terreno impide la transformación de las antiguas técnicas agrícolas, los que pueden emigrar a la ciudad o a otros países lo hacen cada vez en mayor número. Esta misma tendencia se observa también en zonas más productivas, donde la introducción de la maquinaria agrícola ha originado un exceso de mano de obra.

El resultado de estos enormes flujos migratorios ha sido la despoblación de las zonas rurales. Es frecuente encontrar noticias en los periódicos locales de cómo la soledad y el aislamiento han obligado a los pocos habitantes de algún pueblo a abandonar el lugar, creando de esta manera lo que podríamos llamar casi un pueblo fantasma. Si exceptuamos unas pocas áreas afortunadas, la emigración en los núcleos pequeños ha te-

nido como mínimo un gran impacto en el número de parejas en edad de procrear. Independientemente de la magnitud con la que se da en cada zona, este éxodo rural afecta hoy en día a los españoles de todas las regiones y estratos sociales.

El propósito del presente libro es el de valorar la naturaleza y el impacto de la despoblación en un pequeño pueblo campesino en el suroeste castellano llamado Becedas. Si hablamos de lugares con población estable, Becedas está situado en una de las zonas más altas de la Península Ibérica. En las dos últimas décadas su situación agrícola se ha empobrecido enormemente. El terreno montañoso y accidentado que rodea el pueblo hace casi imposible la concentración agraria a gran escala y la mecanización del campo. Otros pueblos cercanos que cuentan con una orografía más favorable y suave se benefician de importantes programas económicos del Gobierno destinados a modernizar los métodos de producción. En cambio, Becedas debe resignarse a seguir utilizando una tecnología ancestral, tecnología que sitúa a los agricultores del pueblo en una clara posición de desventaja en el mercado agrícola.

Es este estancamiento tecnológico sobre todo lo que sitúa a Becedas en un lugar completamente distinto al de las comunidades campesinas descritas en otras publicaciones de antropología. Porque aunque la economía y la cultura de Becedas han experimentado un gran cambio en esta última generación, los cambios no han sido generados por transformaciones tecnológicas. Al contrario, estos cambios han ocurrido a pesar de la marcada persistencia de los antiguos modos de producción. La historia de Becedas es en parte la de un pueblo que trata de modernizarse trascendiendo y tratando de salvar los impedimentos causados por una tecnología anticuada.

Si es que hay algún factor que podamos aislar y al que podamos considerar como motor principal de estos recientes cambios, este es sin duda la emigración. Las altas tasas de emi-

gración han sido, sobre todo, la principal causa del gran cambio experimentado en el sistema de posesión de la tierra, en el nivel de vida, en la actitud frente al matrimonio y en todo un conjunto de nuevas formas de hacer y nuevas formas también de dirigirse en la vida. El modo de vida tradicional está muy visible en Becedas y es importante para los archivos etnográficos describirlo y analizarlo en profundidad. E incluso, cuando estudiemos las tradiciones culturales más arraigadas, tendremos que hacer referencia constante al hecho migratorio si queremos comprender las formas actuales. Aunque este éxodo masivo no tiene aún dos décadas de existencia, su huella se percibe por doquier.

Si la emigración ha creado cambios socioeconómicos significativos, ¿quiere esto decir también que Becedas como comunidad campesina está destinada a desaparecer? Los estudios existentes nos llevarían a pensar que así es. Incluso los títulos de las obras de síntesis más destacadas sugieren la desaparición de la vida campesina en el continente: *The Vanishing Peasant* (Mendras, 1970), *Peasants No More* (Lopreato, 1967) y *The European Peasantry: The Final Phase* (Frankling, 1969). Y, este punto de vista, es corroborado por numerosos informes que además presentan un número restringido de alternativas posibles para el futuro de la Europa rural: 1) aislamiento y pobreza, 2) proletarización como obreros agrícolas o 3) la total integración en la cultura, sociedad y economías urbanas.

¿Es verdad, como sugieren las alternativas antes mencionadas, que la prosperidad, el desarrollo económico y la modernización son incompatibles con la supervivencia de un campesinado autónomo? En gran medida, el trabajo presentado va dirigido a responder a esta pregunta.

Muy resumidamente, mi teoría es que en Becedas los mecanismos tradicionales de identidad e integración de la comunidad han sobrevivido e incluso se han visto reforzados por el cambio económico y cultural. En general, en las regiones montañosas de Europa una amplia emigración junto con un estancamiento tecnológico han dado como re-

sultado el incremento de la marginación y la desaparición de las comunidades pequeñas o su rápida transformación en zonas turísticas o incipientes ciudades dormitorio cercanas a centros industriales. En cambio, en Becedas, las mismas condiciones ecológicas han creado un pueblo de propietarios autónomos que viven en condiciones prósperas beneficiándose como nunca antes de las ventajas culturales de la sociedad desarrollada. Además, estos cambios no han conducido a la atomización y desintegración de la sociedad como se nos ha inducido a pensar. Muy al contrario, la viabilidad de la comunidad como unidad estable y diferenciada, con identidad propia, cohesión y sentido de la integridad, ha permanecido relativamente estable. Las nuevas condiciones económicas y los nuevos patrones culturales traídos por la emigración están siendo incorporados a la comunidad y expresados a través del marco estructural familiar. Así, aunque no se puede seguir diciendo que Becedas es hoy una comunidad campesina clásica, el pueblo sigue siendo una sociedad parcial en el sentido que el término tiene para Kroeber (1948) y para Foster (1953).

Los pueblos campesinos de Asia y América Latina, al igual que los de Oriente Medio y parte del África Subsahariana, están hoy sometidos a las mismas transformaciones que se dieron y continúan dándose hoy en Europa. Dentro del relativamente pequeño continente europeo existe un extraordinario grado de diversidad ecológica y cultural que, lejos de haber provocado una respuesta uniforme a la industrialización y la modernización, ha estimulado una variedad de adaptaciones del mundo rural. En la medida en la que los cambios socioeconómicos que se están ahora dando en otras partes del mundo sean un reflejo de los ocurridos en Europa, la experiencia europea nos puede anunciar lo que podemos esperar en otras partes del mundo. Con suerte, el presente análisis indicará el camino hacia una ruta, hasta ahora relativamente poco reconocida, en la modernización y desarrollo económico de los pueblos campesinos.